

TUCUMAN, RESIDUO FEUDAL

SITUACION DEL PROLETARIADO EN LOS INGENIOS

SALARIOS Y VIVIENDAS

LA EXPLOTACION EN LOS INGENIOS, inhumana y bestial, se comprueba consultando los salarios que perciben los obreros, salarios que no alcanzan a cubrir las más elementales necesidades de la nutrición. Además, los almacenes de proveedurías son la horca caudina del proletariado campesino. Los salarios oscilan entre \$ 1.50 y \$ 2; raro es el obrero que percibe \$ 3 o los \$ 4.20 que estipula la ley provincial.

Hay en el cultivo de la caña de azúcar un aspecto interesante: el desaporque. Al obrero se le paga por el desaporque de cada zurco de caña 0.30 y 0.40 cts., y hemos comprobado, en algunas colonias de Lules, que por el mismo trabajo, se paga 0.10 y 0.20 cts. Tengamos en cuenta que las condiciones del terreno no son la misma en toda la extensión de la provincia, y que la caña de azúcar crece en terreno húmedo y seco; de modo que los obreros que trabajan en su cultivo en los terrenos duros, realizan una tarea extenuadora, tanto, que muchas veces, trabajando de sol a sol, no alcanza a ganarse \$ 1 diario. Es la realidad brutal de nuestro campesinado. Después, tenemos los peladores de caña, los carreros que la transportan, a los que se le paga \$ 2.20, 2.50 y 2.70 por tonelada, pero éstos obreros, para ganarse un salario que les permita vivir tienen que arrojar a los cercos a sus mujeres e hijos, haciendo jornadas de 12 y 14 horas, y aún más, pues es natural ver a los hombres, mujeres y niños, trabajar desde que la aurora aún no se anuncia hasta después que el sol ha despedido sus últimos rayos de luz.

Estos obreros tienen que sufrir, también, el robo descarado de las balanzas, balanzas arreglada de tal modo que mil quinientos kilogramos de caña pesen mil. Otro problema de éstos obreros, es la entrega de la caña. Hay días que lo permanecen íntegros en los «canchones», sin conseguir que les reciban la caña.

También se les rechaza la caña, porque no tienen las dimensiones establecidas por la administración —muy a su conveniencia— o por cualquier pretexto, pues los pretextos sobran. El pago es un problema que no sabemos cuando será resuelto. En la mayor parte de los casos se hace con vales para retirar las mercaderías de los almacenes de proveedurías, o de los «bolicheros» que se ponen de acuerdo para robar al obrero; es el trust del robo. El precio que cobran por los artículos de primera necesidad estos almacenes o éstos bolicheros, es fantástico, y quizás el lector desprevenido, que mira las cosas desde su torre de marfil, crea que por un propósito inconfesable, cargamos la pluma y abultamos las cifras. No es así.

Estos son algunos precios para ilustrar el cuadro doloroso de la explotación y el robo al campesinado, que nos han suministrado algunos obreros de Famaillá y Monteros: grasa (sebo derretido) 1½ kilo: 0.60 cts.; azúcar 0.50 cts (en el país del azúcar!); yerba, 0.70 y 0.80 cts; sal, 0.20 y 0.25, harina 0.40 y 0.50; carne, 0.50; fideo 0.45 y 0.50; arroz 0.30 y 0.35, y todos los artículos de primera necesidad, cuestan oro y son un lujo. De ahí que el campesinado se alimenta casi exclusivamente de maíz (locro, guaschaloco y mazamorra). La vivienda no puede ser más antihigiénica. Es una choza levantada teniendo como paredes hojas de caña de azúcar y techo del mismo material. La lluvia, el viento, entran con suma facilidad; ellas no constituyen para esas fuerzas de la naturaleza, un obstáculo. Allí está la tuberculosis, por causa directa de la mala nutrición y las pésimas condiciones higiénicas; esa es la causa del paludismo, de la fiebre tífus, de la enorme mortalidad infantil, de todos los males físicos que aquejan a la población campesina. Es un mal que no lo resolverán las cruzadas de damas católicas y piadosas, con olor a incienso y destilando agua bendita —Marías Magdalenas nunca arrepentidas—. Es un mal económico y social que sólo las víctimas podrán resolverlo, convirtiéndose en victimarios de la clase social capitalista opresora.

No hemos de detener aquí nuestra pluma; lo anterior pertenece a una parte de la población explotada en los ingenios: la parte más explotada, más robada, más sufrida. Pero hay otra porción, en una situación más o menos idéntica a la anterior: los obreros ocupados en las fábricas, es decir, en la elaboración del azúcar. En un medio nocivo, antihigiénico, recibiendo una paga de hambre, bajo la mirada siempre alerta de los capataces, y de los alcahuetes, que tanto abundan en los ingenios, realizan su labor. Si bien es cierto que las jornadas no son ya de 14 y 16 horas sino de 8, 10 y 12, en muy raros ingenios las jornadas son de 8 horas y solo en ciertas reparticiones, como por ejemplo en los laboratorios, el salario y la vivienda son el desquite que se toman los administradores de la rebaja de la jornada. Allí están los salarios de \$ 2, 2.50 y 3, y en raros, rarísimos casos, de 4.20. La vivienda mejora un poco a la del obrero del zurco. Un poco, nada más, y más de forma que de fondo.

Esta es ya de material, pintada una vez al año, pero ¿es una mejora? Veamos. Son piezas estrechísimas, en las que habitan dos y tres familias, y en ningún caso, una sola, o bien, todas las casas obreras del ingenio están organizadas en forma de conventillo. Allí crecen, en un ambiente estrecho, sin

aire ni luz, esos chiquilines pálidos, enclenques, de ojos tristes, envejecidos a los trece años, que encontramos en los ingenios, y que nos hace afirmar, que en pleno siglo XX, el siglo de las luces, de las democracias; del desacato al presidente, hay niños sin niñez, que no conocen los juegos propios de la edad, sino que ellos conocen el hambre, la inmundicia del medio sanitario.

Estas viviendas ¿tienen baños etc.? ¿Hay lavaderos higiénicos, que no sean un peligro, un foco de enfermedades que se complete con el hambre? Nada de esto. Estos obreros sufren también las consecuencias de la existencia de los almacenes de proveedurías y del «trust» industrial—bolichero, pues pagan los mismos precios, se les pesa la mercadería en la mismas balanzas, etc.

Hemos dicho que los niños trabajan junto a los padres en las peladas de la caña, y quizás se creería que los hijos de los obreros empleados en la elaboración del azúcar no tienen sus ocupaciones. No es así. Ellos también tienen su puesto de labor. Aquí mencionaremos uno. El más desagradable y el más peligroso para esos organismos tiernos: el barrido. Por unos pocos centavos diarios, niños de 10 y 12 años de edad, son empleados para barrer los canchones; y tienen que hacerlo en medio de la polvareda que levantan los carros que entran y salen y ellos mismos con sus escobas.

Después está el potrerizo, el correo, etc.

La mortalidad infantil y general, que debiéramos tratar aquí, le vamos a dedicar capítulo aparte, por cuanto lo merece, dado que ella asume cifras—no oficiales porque en las estadísticas oficiales se miente descaradamente,—fantásticas y hemos de dete-

nernos en las causas, y no en los efectos como lo hacen algunos que quieren distraer la atención hacia un terremoto que no es el verdadero.

Aquella es la situación del proletariado campesino, de ese proletariado manso, sufrido. El dolor campesino, su hambre, sus miserias está aquí, en el norte en Tucumán, «cuna de la independencia y sepulcro de tiranos», al decir de los patriotas al 100%, patriotas que viven a costa y precio de la sangre campesina, explotando y robando en la mayor escala, con la complicidad de todos los poderes del estado capitalista.

El Departamento del Trabajo, refugio de ociosos e inútiles, en lugar de cumplir los fines específicos para los cuales ha sido creado, es un instrumento que tienen los industriales para defender sus intereses. Las reclamaciones de los obreros duermen el sueño de los justos en estas oficinas, y se resuelven en contra de los que reclaman. La jornada del trabajo y el salario, no son controlados, y los patrones cuentan con la anuencia del Departamento del Trabajo para fijar jornadas extenuadoras y salarios de Higiene, etc., son una de las tantas ramas administrativas burocráticas, que no sirven para nada. Y pensar que el pueblo laborioso las paga!

Tal los salarios, tal la vivienda del proletariado campesino explotado por la industria azucarera. Después estudiaremos las condiciones sanitarias, el alcoholismo, etc., para demostrar lo que hemos afirmado ya: que Tucumán vive aún en la edad media, esclavizado al ingenio y a los grandes terratenientes, sosteniendo el lujo, las «farras» y la holgazanería de vividores de todo pelaje.



IZQUIERDA ha cumplido un año de vida. Ha triplicado su tiraje:

Mejora su material y su presentación a cada número.

Ayúdela Vd. en esta gran empresa que es la del
SOCIALISMO MARXISTA

DIFUNDALA; HAGA SUSCRIPTORES Y COTIZANTES

25 DE MAYO 67, Oficina 54

BUENOS AIRES